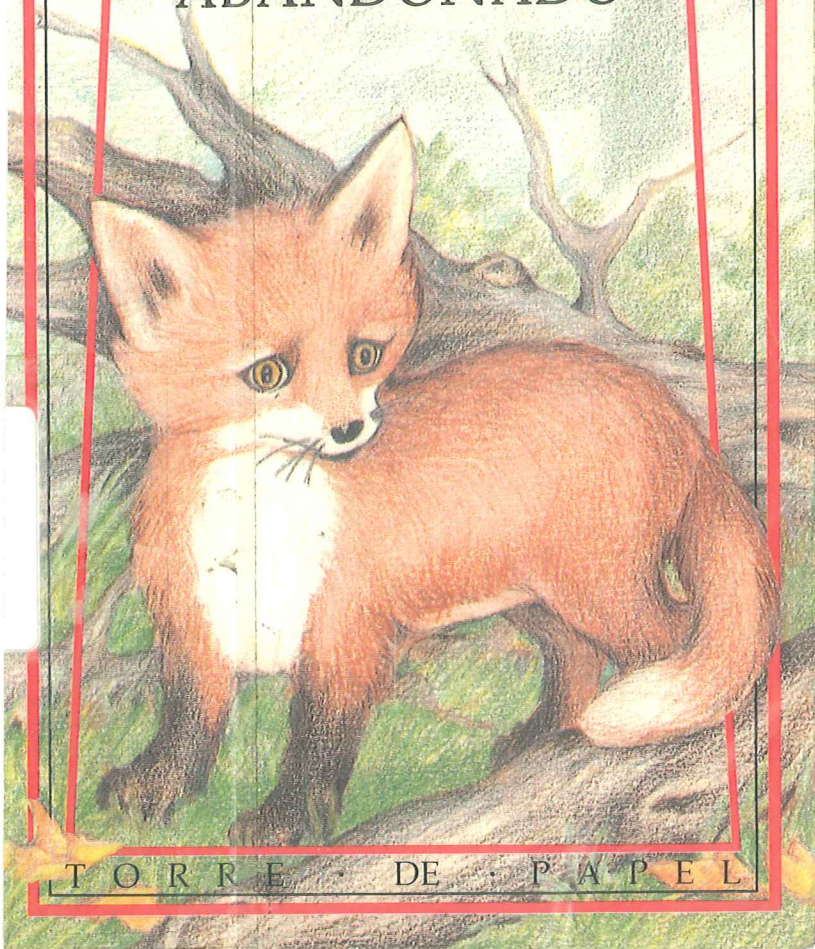


GRUPO
EDITORIAL
norma
INFANTIL-JUVENIL

IRINA KORSCHUNOW

EL
ZORRITO
ABANDONADO



TORRE · DE · PAPEL

J
NOR
15097

IRINA KORSCHUNOW

EL
ZORRITO
ABANDONADO

Traducción de Rafael Arteaga

Ilustraciones de Patricia Rodríguez



GRUPO
EDITORIAL
norma

Barcelona, Buenos Aires, Caracas, Guatemala, México, Miami, Panamá, Quito,
San Juan, Santa Fe de Bogotá, Santiago de Chile, Sao Paulo.

T O R R E · D E · P A P E L

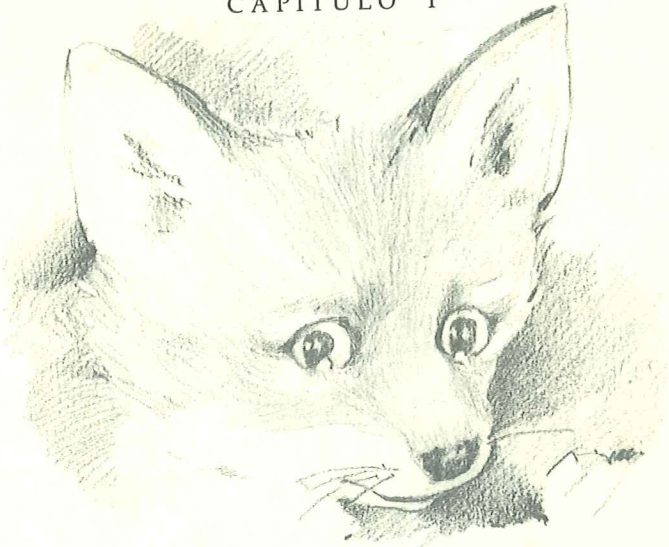
*De cómo la zorra
se convierte en la madre
del zorrillo abandonado*



CONTENIDO



I El zorrillo está solo	7
II El perro	15
III El tejón	23
IV Los zorrillos	29
V La vecina	35
VI El zorrillo encuentra una madre	39



EL ZORRITO ESTA SOLO

El zorrillo temblaba de miedo entre los matorrales; se había quedado solo, completamente solo. Estaba esperando a su madre, pero ella jamás volvería. Un cazador la había matado. Pasaron muchas horas, y comenzó a llover. El zorrillo, cada vez más atemorizado, sentía frío y hambre.

Una zorra que pasaba por ahí alcanzó a oír los gemidos del cachorro.



«Será mejor que siga de largo», se dijo. «Mis hijos me esperan en la madriguera». Pero los sollozos del zorrillo la conmovieron tanto que terminó por meterse entre los matorrales para ver qué pasaba.

—¿Qué tienes, pequeño? —preguntó la zorra, acariciando la cabeza del cachorro con una pata.

El zorrillo comenzó a chillar todavía más fuerte, como hacen los zorros chiquitos cuando tienen hambre.

—¿Por qué estás tan solo en medio del bosque? —le preguntó la zorra, asombrada—. ¿Dónde está tu madre? O es que no tienes madre?





La zorra se inclinó sobre el zorrillo y lo olfateó. Olía como huele cualquier zorrillo, y era suave y peludo, como todos los zorrillos.



—¡Pobre bebé! —exclamó, y volvió a acariciarlo con una pata.


El cachorrito dejó de llorar. La zorra olía como su madre y despedía tanto calor como ella. ¿No podría darle un poco de leche? El zorrito se metió bajo el pecho suave de la zorra y comenzó a mamar. ¡Qué hambre tenía!



La zorra retrocedió, haciendo a un lado al cachorro. «Este pequeño no es hijo mío; no lo traje al mundo», pensó. «Además, debo velar por mis tres hijos y eso es ya suficiente responsabilidad».







—Sigue durmiendo, pobrecito —le dijo al cachorro, y se levantó.

Antes de irse lo miró por última vez. ¡Qué solo iba a quedarse!... Ella le había dado su calor y su leche. «¿Cómo dejarlo ahora?», se preguntó.

Con mucho cuidado lo alzó. El zorrillo se despertó y comenzó a lloriquear. La zorra lo puso suavemente sobre la hierba y lo lamió.

—No tengas miedo, hijito. Ya nos vamos a casa —le dijo, volviendo a tomarlo entre los dientes y poniéndose en camino a la madriguera. Era mediodía y el bosque parecía tranquilo.

El cachorro comenzó a llorar de nuevo y a tiritar de frío.

—Está bien, te daré de comer —dijo la zorra, y se acostó a su lado para calentarlo.

El zorrillo se acurrucó junto a ella y comenzó a mamar. Chasqueaba la lengua de puro contento y no paraba de chupar.

—Come, come, hasta que estés lle-
nito —le decía la zorra.





EL PERRO

Cuando el zorrillo terminó de comer todo lo que le cupo, y un poquito más, se quedó profundamente dormido. La zorra permaneció un rato junto a él, feliz de verlo contento y satisfecho. «Ya vendrá a buscarlo su madre», pensó. Sin embargo, el tiempo pasó y la madre del zorrillo no apareció. La zorra comenzó a preocuparse; debía volver a la madriguera, donde sus hijos la esperaban.



De repente se detuvo, asustada. Escuchaba ladridos. Era, sin duda, el perro del cazador, ¡ese malvado perro que rastreaba las huellas de los zorros y los perseguía para matarlos!

—¡Zorra, zorra, zorra! —ladraba el perro, acercándose—. ¡Zorra, zorra, zorra!

La zorra, despavorida, trató de alejarse, pero como llevaba cargado al zorrito, no podía correr tan rápido como de costumbre. Mientras tanto, el perro se acercaba más y más.

La zorra pensó con horror en los afilados dientes del perro; pensó en todos los zorros y zorras que ese perro había matado, y pensó que si abandonaba al zorrito, salvaría su propia vida. Pero no lo hizo. Lo sostuvo entre







los dientes con todas sus fuerzas y siguió corriendo en zig-zag por la espesura, tratando de engañar al perro.

Jadeaba tanto que casi no podía respirar, pero siguió adelante con su preciosa carga.

Saltó por encima de una rama caída. Su olfato le decía que había agua cerca. Pronto encontró un ancho arroyo y de un salto se metió en el agua. Nadó hasta la otra orilla y se escondió detrás de unos matorrales.

No podía más. Era incapaz de seguir. Se tendió sobre la hierba y esperó a su perseguidor.

Al otro lado del arroyo el perro rastreaba el olor de la zorra, gruñía furioso, ladraba y volvía a olfatear la tierra, pero no encontraba nada. El agua había borrado todo rastro de la zorra.

El perro corrió un par de veces más a lo largo de la orilla y, finalmente, dando media vuelta, se fue por donde había venido.

Quieta, muy quieta, la zorra escuchó los ladridos que se alejaban, hasta que desaparecieron.

—Nos salvamos, pequeño —dijo, todavía jadeante, y dejó caer al cachorro sobre la hierba.

El zorrillo se acomodó al lado de su nueva madre y comenzó a alimentarse. La zorra extendió las patas y agachó la cabeza. Descansaría un poco antes de seguir su camino.

Al rato se levantó y le dijo al zorrillo:
—Ven. Ahora sí nos vamos a casa.



EL TEJON

Había anochecido. La zorra corría por el bosque con el pequeño en el hocico. Se había alejado demasiado de su madriguera.

De repente apareció un tejón.

—¿Qué traes ahí? —le preguntó, mirándola fijamente.

La zorra no contestó y quiso seguir su camino, pero el tejón le cerró el paso.



—¡Quiero saber qué llevas ahí! —
dijo.

La zorra puso al zorrillo en la hierba
y lo protegió con su cuerpo. Levantó
la cabeza y enseñó los dientes con
furia:

—Es mi nuevo hijo —dijo.

—¡Un hijo adoptado! —exclamó el



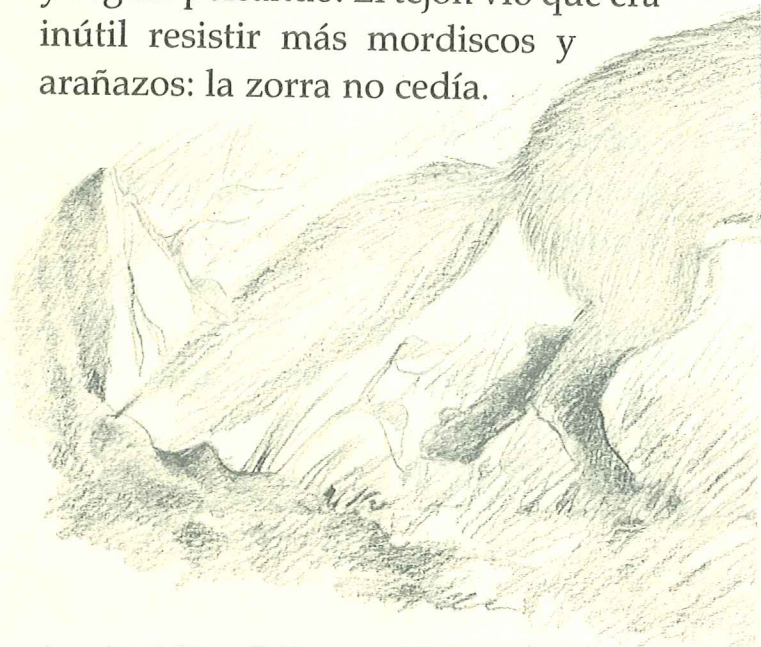
tejón—. ¿Para qué lo quieres? ¡Ya tienes tres hijos! Dámelo. ¡Me lo quiero comer!

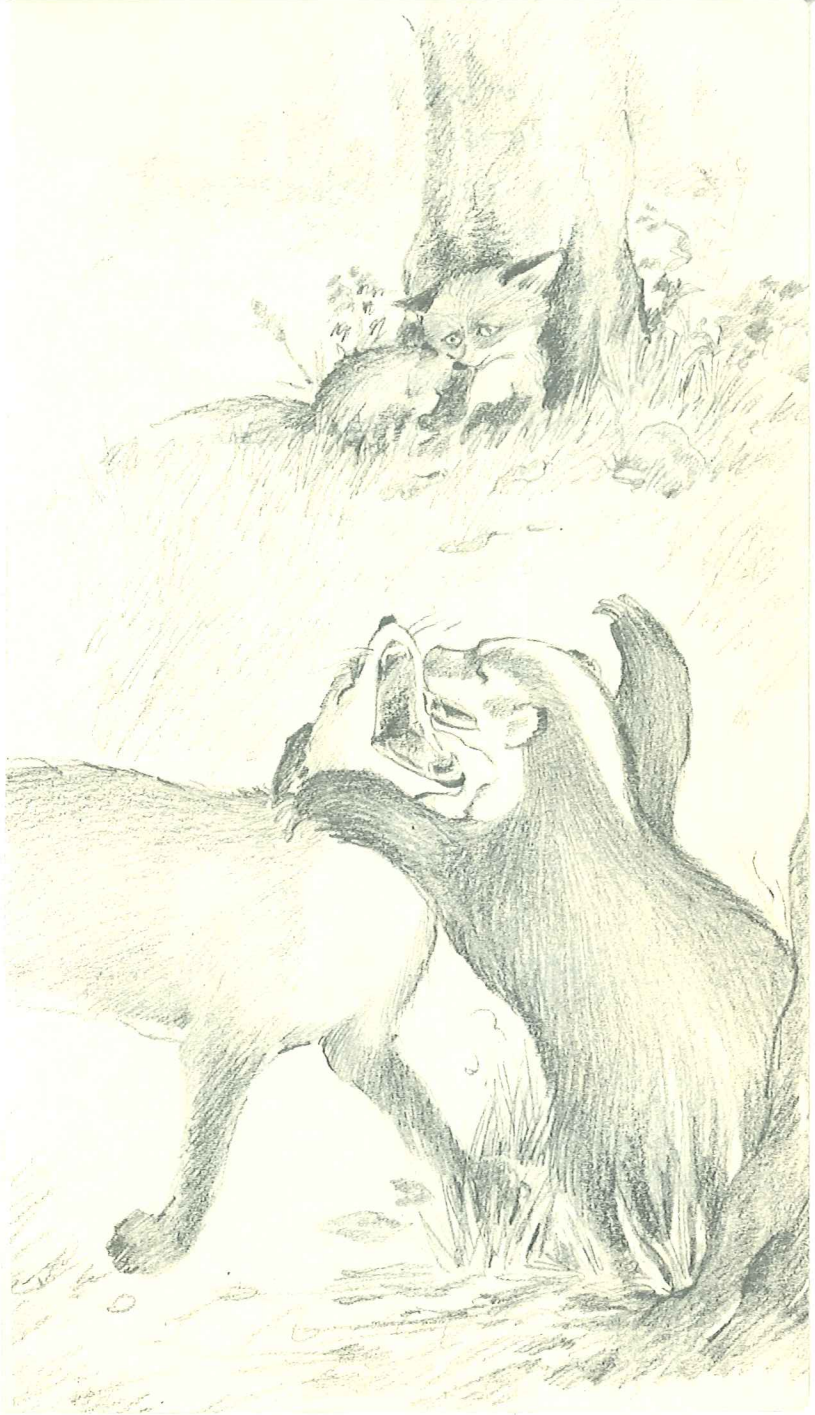
—¡Lárgate! —gruñó la zorra—. El zorrillo es mío. Le di mi calor, le di mi leche, huí del perro del cazador con él y lo traje hasta aquí. ¡Es mi hijo y no se lo daré a nadie!

—¡Pero yo me lo quiero comer! —
gritó el tejón, y saltó sobre la zorra,
quien, a su vez, lo llenó de arañazos.

El tejón bufaba de rabia. Rechinó espantosamente los dientes y se preparó para saltar otra vez sobre la zorra. Era fuerte y rápido, pero la zorra también lo era, y ahora que peleaba para defender a su zorrillo recién adoptado tenía más fuerzas que nunca. Luchaba con dientes y garras.

El tejón le mordió el lomo y le rasguñó el hocico, pero ella ni siquiera se dio cuenta. Sólo pensaba en su zorrillo y seguía peleando. El tejón vio que era inútil resistir más mordiscos y arañazos: la zorra no cedía.





—¡Quédate con tu zorro! —gruñó,
y salió corriendo.

La zorra, feliz de haber ganado, le
gritó, riendo:

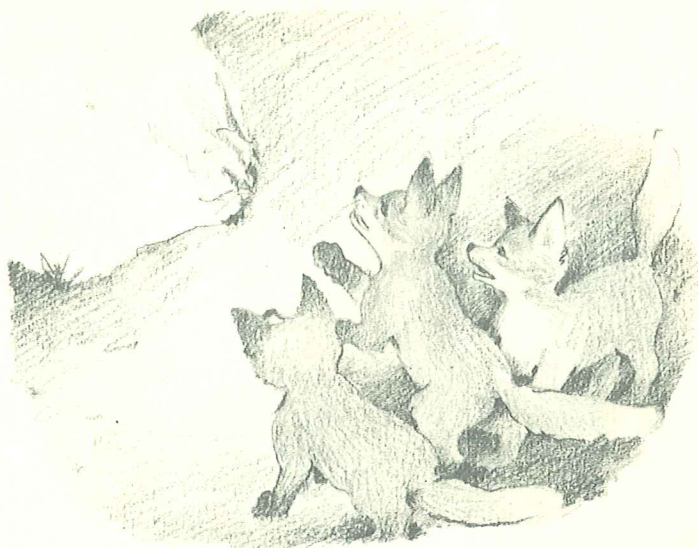
—Y tú, vete a comer lo que eres
capaz de cazar: ¡caracoles y arañitas!

Entonces, al ver que el zorrillo es-
taba llorando, lo lamió con ternura y
le dijo:

—No tengas miedo. Nos ha ido
bien. Ya nos vamos a casa.

Y tomó al zorrillo entre los dientes y
corrió a la madriguera, que ya estaba
cerca.





LOS ZORRITOS

—¡Buenas noches, hijos! ¡Ya estoy aquí! —saludó la zorra al entrar en la madriguera.

Los tres zorritos saltaron de alegría. Tenían hambre y se arrastraron bajo la madre en busca de alimento.

—¡Miren lo que les traigo! —dijo la zorra, y puso entre ellos al nuevo bebé.





El zorrillo miró a los tres cachorros desconocidos y empezó a gemir de miedo. Los tres zorrillos también gimiéron, todos al tiempo.

—Es un zorrillo igual a ustedes—les dijo la zorra, y lamió las cuatro cabecitas peludas—. Lo hemos adoptado y ahora será parte de la familia.

Los tres zorrillos se acercaron al recién llegado para olfatearlo de arriba abajo. El zorrillo olía igual que mamá zorra y esto hizo que se les quitara el miedo.

El zorrillo adoptado también los olfateó a ellos, uno por uno. Todos olían igual que mamá zorra y esto hizo que a él también se le quitara el miedo.

—¿Es que nunca van a acabar de olfatearse?—rió la zorra—. ¡Terminen con esa bobada y vengan a comer!

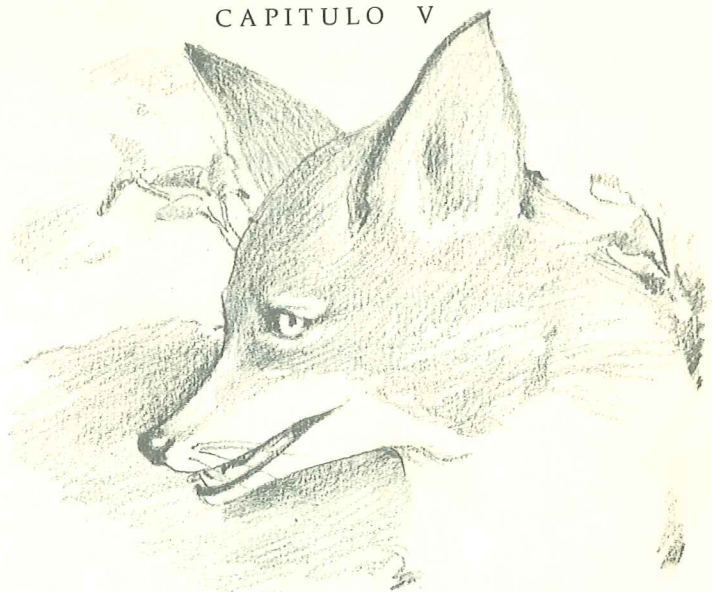
Entonces todos se echaron junto a la madre y mamaron hasta quedar bien llenos.

En seguida se pusieron a jugar. Jugaron al escondite, a perseguirse unos



a otros, a sorprenderse y salir corriendo, a aullar, a gruñir, a pegarse con las patas y a rechinar los dientes. La zorra no los perdía de vista. Se lamía las heridas y se sentía feliz con sus hijos.





LA VECINA

Al día siguiente, cuando la zorra salió de la madriguera para ir de caza, se encontró con una vecina.

—Supe que estuviste peleando con el tejón —dijo la vecina—. ¿Todavía te duele la herida del lomo?

—Un poquito —contestó la zorra.

—¿Y cómo están tus tres hijos? —preguntó la vecina.

—Están bien, muchas gracias. Siguen correteando, jugando y creciendo. Pero no son tres, sino cuatro.

—¿Cuatro? —se asombró la vecina—. ¡Qué raro! Ayer no eran sino tres...

—Pues ahora son cuatro —dijo la zorra—. Adopté un zorrito.





—Ah, algo había oído comentar acerca de eso... —dijo la vecina—. ¿Pero te vas a quedar con él? Si ya tienes tres hijos, no veo para qué necesitas otro.

—Que lo necesite o no, no tiene importancia —dijo la zorra—. Lo recogí, le di calor, le ofrecí mi leche, huí con él del perro del cazador y hasta

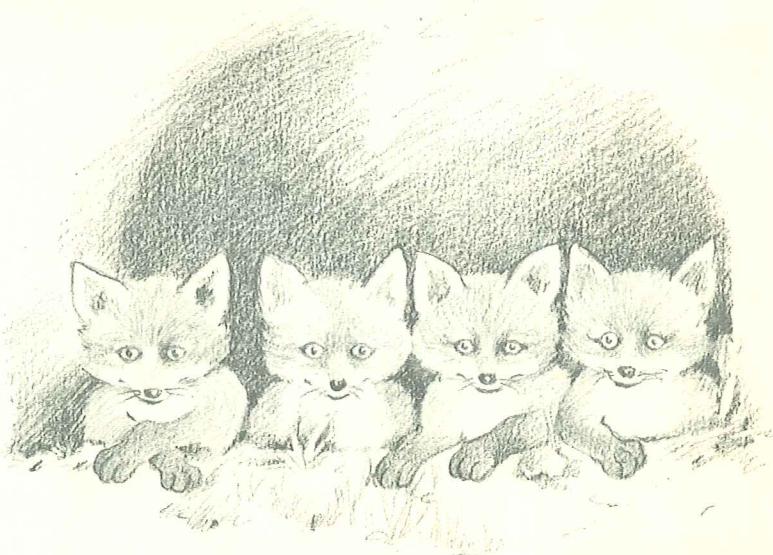
tuve que pelear con el tejón para defenderlo. Es mi hijo adoptivo y se quedará conmigo.

—¡Qué tontería! Tus propios hijos van a crecer y pronto querrán comer carne. Será una boca más para alimentar. ¿Acaso piensas cazar para alimentar a un extraño?

—No digas bobadas —dijo la zorra—. Donde hay comida para tres, hay para cuatro.

—A ti no se te puede dar un consejo... —refunfuñó la vecina, negando con la cabeza—. Pero dime, ¿qué tiene de especial ese hijo adoptivo?

—¿Que qué tiene de especial? —la zorra se puso a pensar. No encontraba qué tenía de especial su zorrito adoptivo. Era pequeño, peludo, juguetón, consentido... Nada de eso era especial—. La verdad, vecina, no sé qué tiene de especial mi zorrito —dijo—. Espera un momento, te lo voy a mostrar.



EL ZORRITO ENCUENTRA UNA MADRE

La zorra volvió a la madriguera para buscar al zorrillo adoptivo, pero no lo pudo distinguir de los otros tres zorrillos.

Examinó al primero.

Examinó al segundo.

Examinó al tercero y al cuarto.

Todos eran iguales.



Olfateó al primero.

Olfateó al segundo.

Olfateó al tercero y al cuarto.

Cada uno podía ser o no ser su cachorro adoptivo.

Ensayó otro sistema:

—Ven acá, zorrito adoptado —
llamó con voz dulce.

Los cuatro zorritos se acercaron arrastrándose y se acurrucaron junto a ella.

La zorra volvió a la entrada de la madriguera y sacó la cabeza:

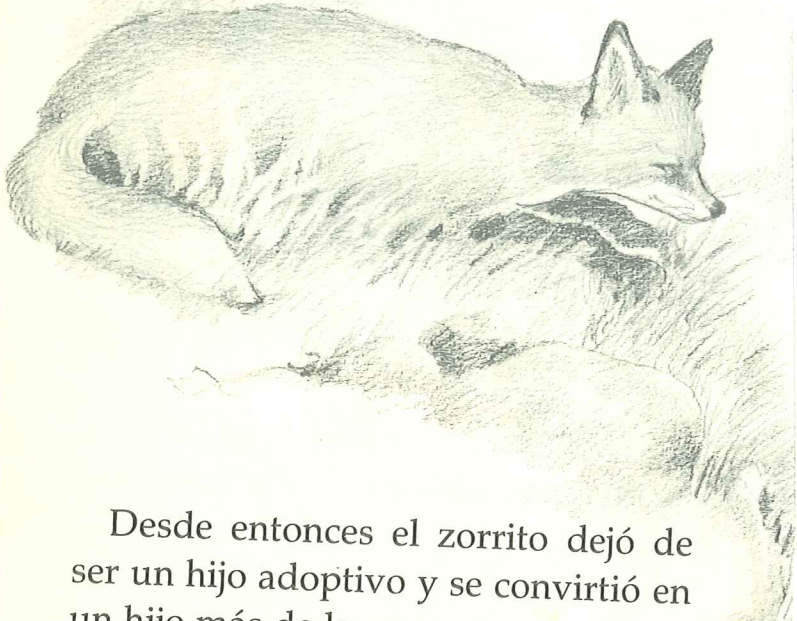


—Lo siento muchísimo, vecina, pero no te puedo mostrar a mi zorrillo adoptado. No puedo distinguirlo de mis hijos.

—¡Qué terrible! —exclamó la vecina.

—¡No le veo nada de terrible! Quiero igual a los cuatro cachorros, y eso es lo que importa —contestó la zorra, riendo.

—¿Cómo? —dijo la vecina con asombro—. Bueno, tal vez tengas razón. Voy a pensar en este asunto...

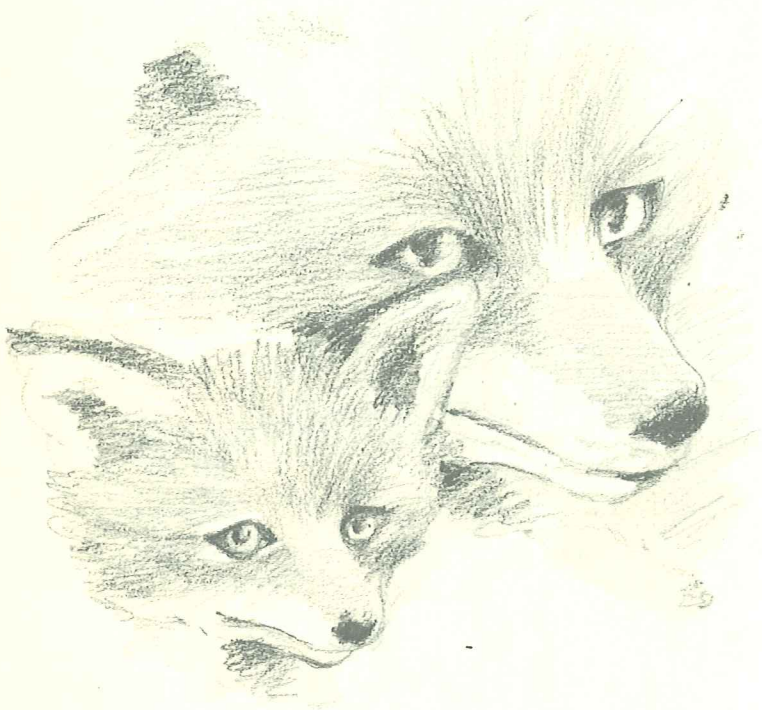


Desde entonces el zorrillo dejó de ser un hijo adoptivo y se convirtió en un hijo más de la zorra.

Ella le dio de comer y de beber, lo protegió y le enseñó todo lo que debe saber un zorro.

Fue así como el zorrillo se quedó con mamá zorra y con sus tres hijos, hasta que los cuatro cachorros se volvieron zorros grandes, capaces de valerse por sí mismos.







Torre roja (a partir de 7 años):

Más historias de Franz
Christine Nöstlinger

Franz tiene seis años y seis meses, y es muy amigo de Gabi, su vecina. Ambos asisten a la misma escuela, pero no están en el mismo salón de clase. Gabi no puede creer que Franz ya haya aprendido a leer, e insiste en no creerle cuando éste se lo asegura, ¡pero Franz se las ingenia para hacer que Gabi cambie de opinión!

Nuevas historias de Franz en la escuela
Christine Nöstlinger

Franz tiene siete años y seis meses. Como todas las personas, tiene algunos problemas: es el niño más

pequeño de la escuela, cuando está nervioso la voz se le pone muy aguda, y a veces lo confunden con una niña, ¡a causa de sus rizos dorados! Pero Franz consigue solucionar casi todos sus problemas... ¡de una manera bastante simpática y original!

De por qué a Franz le dolió el estómago
Christine Nöstlinger

A Franz no le gustan algunas cosas de la escuela, entre ellas su maestro Zac Zac y su peor enemigo, Daniel Eberhard. Zac Zac les habla a los niños como si fueran soldados. Sólo dice frases como «¡Siéntense!», «¡Abran el cuaderno!» o «¡Cállense!» Por su parte, Daniel Eberhard no hace más que burlarse de Franz porque es el niño más pequeño de la escuela. La abuelita de Franz y Lily le ayudan a solucionar ambos problemas, pero ¡qué líos en los que lo meten!

Solomán
Ramón García Domínguez

En esta divertidísima historia Solomán es un héroe que no posee poderes sobrenaturales. Es «sólo un hombre» que logra, con el sentido común, lo que los demás superhéroes no consiguen con sus poderes mágicos y extraordinarios.

El país más hermoso del mundo
David Sánchez Juliao

Lalo y Tala emprenden un viaje en compañía del Sol. Visitan los doce meses del año, que son doce países diferentes. Descubren que cada mes es distinto de los demás, y que tiene algún encanto especial. Doce fantásticas aventuras comparten Lalo y Tala con los habitantes de Enero, de Febrero, de Marzo...

¡Hurra! Susanita ya tiene dientes
Dimiter Inkiow

Para Claudio no fue nada fácil convertirse en el hermano mayor de un bebé. ¿Por qué?, te preguntarás. Pues cuando te llegue un hermanito lo sabrás, aunque para entonces será demasiado tarde, pues el bebé ya habrá llegado y será imposible devolverlo.

Clara y el gato Casimiro
Dimiter Inkiow

Clara y el gato Casimiro recoge trece simpáticas situaciones protagonizadas por Clara y su hermanito, entre las cuales se narra la vez en que Clara llevó a Casimiro de visita a casa de la tía Emma y el gato hizo de las suyas con los peces que estaban en la pecera.

Yo y mi hermana Clara
Dimiter Inkiow

Clara y su hermanito tienen tanta imaginación que son capaces de gastarles toda clase de bromas a su tío Toni, a la tía Flora, a su perrito Sabueso y, lógicamente también a sus papás.

De cómo me convertí en hermano mayor
Dimiter Inkiow

Claudio quería tener un hermano mayor que lo defendiera en la escuela, como les sucedía a Gabi y a Pedro, sus compañeros de clase. Pero, como esto era imposible, decidió convertirse él en hermano mayor...

King-Kong, mi mascota secreta
Kirsten Boie

Juan Pablo quiere tener una mascota, pero a sus padres no les llama la atención esta idea. ¡Pobre Juan

Pablo! ¡Realmente se está muriendo de ganas de tener un animalito en casa!

King-Kong, el conejillo de Indias viajero

Kirsten Boie

Juan Pablo está feliz porque se va de vacaciones a la playa, pero tiene un problema: no puede llevar a King-Kong, su conejillo de Indias. Como sabe que las vacaciones sin su mascota perderían todo el encanto, intenta llevarla sin que sus padres se enteren.

Torre azul (a partir de 9 años):

El misterio del hombre que desapareció

María Isabel Molina Llorente

Cuentos y leyendas de Rumanía

Angela Ionescu

El pájaro verde y otros cuentos

Juan Valera

Leyendas de nuestra América

Ute Bergdolt de Walschburger

La redacción

Evelyne Reberg

Diecisiete fábulas del zorro

Jean Muzi

La ratoncita-niña y otros cuentos

León Tolstoi

Diecisiete fábulas del rey león

Jean Muzi

Torre amarilla (a partir de 11 años):

Nuestras hazañas en la cueva

Thomas Hardy



El diablo de la botella
Robert Louis Stevenson

La campana del arrecife
Sarita Kendall

Mi amigo el pintor
Lygia Bojunga

Víctor
Pauline Vergne

¡Por todos los dioses...!
Ramón García Domínguez

Roque y el río
Thalie de Molènes

Aventuras de un niño de la calle
Julia Mercedes Castilla

Flora, la desconocida del espacio
Pierre-Marie Beaudé

Torre verde (para jóvenes adultos):

La prisión de honor
Lyll Becerra de Jenkins

Las minas de Falun y Afortunado en el juego
E. T. A. Hoffmann

El camino de los fresnos
Ivan Southall

Encerrada
Ouida Sebestyen

El disfraz disfrazado y otros casos
Ellen Raskin

El Papagayo Azul
Jacqueline Mirandé

El «lunático» y su hermana Libertad
Paul Kropp

Vito Grandam
Ziraldo Alves Pinto

Torre dorada
CLASICOS UNIVERSALES

Las aventuras de Pinocho
Carlo Collodi





TORRE ROJA
a partir de 7 años

El carácter de algunos de los animales del bosque se pone de manifiesto en esta historia, que muestra el sentimiento materno que se despierta en una zorra cuando encuentra a un zorrillo huérfano abandonado en el bosque. La zorra decide criarlo con sus propios hijos, y el zorrillo se convierte de inmediato en un miembro más de la familia.

Irina Korschunow es de ascendencia rusa-germana. Ha escrito muchos libros infantiles, generalmente sobre situaciones cotidianas con las cuales los niños se identifican. Actualmente vive en Alemania.

J
K
1

GRUPO
EDITORIAL
norma
INFANTIL • JUVENIL

CC: 10266234

